VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La libertad suena atractiva, hasta que nos pide renunciar a algo que aún deseamos. Esa tensión aparece en el Evangelio del domingo. Pedro ha proclamado a Jesús como el Mesías, pero cuando Jesús explica que su misión implicará sufrimiento, muerte y resurrección, Pedro se opone (Mateo 16:21–27). Desea participar de la Gloria del Mesías, pero sin la cruz. La recuperación de la adicción sexual exhibe ese mismo conflicto. Queremos paz, castidad e intimidad auténtica, pero una parte de nosotros puede seguir resistiéndose a los sacrificios, por medio de los cuales, esos dones se vuelven posibles.

Jesús dice a Sus discípulos: *"El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga"* (Mateo 16:24). Renunciar a nosotros mismos no significa odiar nuestro cuerpo, suprimir cada deseo o tratar a la sexualidad como algo vergonzoso. Nuestros cuerpos y sexualidad son dones de Dios. La tarea de la recuperación consiste en renunciar a las formas en que la lujuria ha distorsionado esos dones y nos ha entrenado para buscar consuelo, poder o escape fuera del amor.

La cruz en la recuperación suele encontrarse en decisiones concretas. Puede significar apartarse de una imagen antes de que la fantasía se imponga, decir la verdad aun cuando mantenerse en secreto sea más seguro, poner protecciones que antes evitábamos o buscar a alguien incluso cuando preferiríamos aislarnos. Puede requerir lamentar la perdida de una relación basada en fantasías, consentir límites sobre el uso de la tecnología, cambiar rutinas o renunciar a comportamientos privados que hemos minimizado porque nadie más podía verlos.

Como Pedro, podemos querer la resurrección sin la renuncia. Deseamos la castidad sin tener que cuidar los ojos, la confianza sin asumir la responsabilidad y la intimidad sin sentirse vulnerable. Puede ser que pidamos a Dios que elimine la tentación, pero estamos protegiendo las mismas condiciones que la alimentan. Jesús no nos culpa por sentir el precio de un cambio, pero nos dice claramente: *"El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará"* (Mateo 16:25).

En la Segunda Lectura, San Pablo le da a esta renuncia una forma física y práctica. Él nos motiva a que *"se ofrezcan ustedes mismos como una ofrenda viva, santa y agradable a Dios"* y que *"dejen que una nueva manera de pensar los transforme internamente"* (Romanos 12:1–2). Estar en recuperación significa hacerlo tanto en cuerpo como en mente. Ofrecemos a Dios nuestros ojos, imaginación, hábitos, atención y deseo sexual. Le permitimos cambiar los pensamientos que antes justificaban la cosificación, el sentirse con derecho, la fantasía o la autocompasión.

El Paso Tres se vive a través de estos sacrificios repetidos. Entregar nuestra voluntad y nuestras vidas a Dios no se limita a una oración que pronunciamos sólo una vez. Se convierte en un patrón de entrega cuando surge la tentación. Preferimos la honestidad sobre el secreto, la unión sobre el aislamiento y la obediencia antes que la negociación. Cada decisión nos enseña que la incomodidad no nos destruirá y que el deseo no tiene por qué convertirse en una acción.

Jeremías también entiende lo que cuesta la vida llevada con fidelidad. Se siente agotado de ser ridiculizado por su llamado, pero la Palabra de Dios permanece *"como un fuego ardiente, encerrado en mis huesos"* (Jeremías 20:9). Una vez que hemos visto claramente el vacío que deja la lujuria, se vuelve más difícil regresar a ella sin sentir un conflicto interno. Incluso cuando la recuperación se percibe como demandante, dentro de nosotros sabemos que la vida anterior tiene un mayor costo.

La cruz no es una evidencia de que la libertad haya fracasado. Muchas veces es el lugar donde las promesas de la lujuria empiezan a perder su fuerza. Cristo no nos pide que renunciemos al deseo para que nos volvamos menos humanos. Purifica el deseo para que podamos ser más capaces de amar.

Seguir a Jesús nos costará dejar el secreto, la fantasía y la ilusión de control. Lo que recibimos es mayor: integridad, comunión, libertad y la capacidad de ver a los demás como personas y no como objetos. En manos de Cristo, los sacrificios de la recuperación se convierten en un camino hacia la castidad, la intimidad auténtica y la resurrección.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿A qué te cuesta todavía renunciar porque una parte de ti sigue apreciando lo que la lujuria parece ofrecer?
- ¿En qué cosas le pides a Dios que te de libertad, pero que al mismo tiempo sigues protegiendo un hábito, una fantasía o una situación que alimenta la tentación?
- ¿Qué sacrificio concreto podría fortalecer tu posibilidad de mantener la castidad y la intimidad auténtica?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Jeremías 20:7-9
SAL. RESP. Salmo 63:2, 3-4, 5-6, 8-9
SEGUNDA LECTURA Romanos 12:1-2
EVANGELIO Mateo 16:21-27

© Catholic in Recovery, *reflexiones de la reunión del domingo 30/8/26*